

2° domingo del tiempo ordinario A - 18 de enero de 2026 (Is 49, 3.5-6; 1 Co 1, 1-3; Jn 1, 29-34)



“He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.” Toda la liturgia de este segundo domingo del tiempo ordinario nos invita a entrar en el corazón de la misión de Jesús. Al proclamar a Jesús como Cordero de Dios, Juan el Bautista revela en una sola frase el corazón de la misión de Jesús. Llamar a Jesús "el Cordero de Dios", es recordar que Él es quien se entrega, quien acepta ser entregado para que la humanidad sea liberada del pecado y de la muerte. Jesús no es solo un maestro espiritual o un profeta entre

otros, él es el Cordero ofrecido.

La primera lectura nos recuerda que Él es el Siervo elegido no solo para reunir a Israel, sino para ser "luz de las naciones". Jesús es el Cordero para todo el mundo. Esto significa que nadie está excluido del amor de Dios, sea cual fuere su historia o sus heridas. Dios ve más allá de nuestras fronteras. La salvación de Dios está destinada a todos, sin exclusión. El siervo de Dios no es enviado solo por un pueblo, sino para ser luz de las naciones. "Te hago luz de las naciones para que mi salvación llegue hasta los confines de la tierra".

En el evangelio, Juan testifica que vio al Espíritu descender y posarse sobre Jesús. Este detalle es esencial porque toda su vida será conducida por el Espíritu Santo, desde su bautismo hasta la entrega total de su vida en la cruz. Juan no guarda a Jesús para sí. Lo señala, se aparta, lo muestra. Su misión se cumple no cuando atrae a las multitudes, sino cuando conduce a los demás hacia Cristo. Es una buena lección para nosotros: ser cristiano no es ponerse en primer plano, sino permitir que otros encuentren a Jesús.



San Pablo, al comienzo de su carta a los corintios, recuerda que todos los cristianos están llamados a ser santos, no por nuestras propias fuerzas, sino porque Dios nos ha elegido y santificado. Esta santidad se vive en la sencillez de lo cotidiano, en lo ordinario de nuestras vidas. Ser cristiano es aceptar que nuestra vida esté orientada hacia Jesús, el Cordero de Dios. Lo que Dios espera ante todo no es una actuación religiosa, sino un corazón disponible. Porque la fe es siempre una gracia a acoger.

He sido glorificado a los ojos de Dios.



Isaías 49, 5

Hermanos y hermanas, estamos invitados a fijar nuestra mirada en Jesús como el Cordero de Dios en nuestro día a día. Aceptemos que quita lo que nos encierra, lo que nos aleja de Dios y de los demás. Pidamos la gracia de un corazón humilde y disponible, para acoger al Cordero de Dios y caminar tras él con confianza y fidelidad. Que este domingo nos ayude a renovar nuestra fe, a escuchar la voz del Señor y a convertirnos en testigos de Cristo para el mundo. Amén.

Claude Marsaud, fsg